

AQUEL CURA

Gumersindo Langa. Todos le llamábamos D. Gumer. Natural. de Uclés, Cuenca, llegó a nuestro pueblo para ejercer el sacerdocio en la postguerra y aquí permaneció desempeñando ese cargo durante 20 años, aproximadamente.



El concepto que tienen todas las personas mayores y todo aquel que lo trató en nuestro municipio, es de un señor extremadamente generoso, poseedor de varias virtudes, desprendiéndose de todo lo que poseía en beneficio de aquel que lo necesitase, incluso de alimentos.

Era querido y respetado en el pueblo, los niños cuando nos cruzábamos con él le besábamos la mano, era costumbre.

Durante los años 1950 y 1960, se recibía del exterior leche y queso para repartirlo en las escuelas y era el cura el encargado de suministrarlos. Según tengo entendido D. Gumer no probó ninguno de estos alimentos, lo repartía todo.

Agradable en el trato, aunque se percibía su nerviosismo con movimientos casi continuos del hombro derecho. Dicho nerviosismo y la amputación de un dedo de la mano derecha eran secuelas de la guerra civil, 1936/1939. La histeria se adueñaba de él cuando era prendida una traca o se lanzaban

cohetes durante las procesiones.

Conviví con él muchas horas, fui su monaguillo y en la escuela nos daba clases de Religión, entonces "Catecismo", los sábados por la tarde. Pero donde mejor le conocí ha sido en casa. D. Gumer y otros amigos de mi padre, se reunían aquí durante los inviernos, los domingos por la tarde para jugar al tresillo y yo era el encargado de servirles el "zurra" que hacían para amenizar la tarde. Confieso que a hurtadillas también daba algún sorbete.

Era bromista en el trato, tenía predilección por dos canciones que tarareaba, "La Calandria" y "Canastos", siendo muy popular un dicho suyo "procesiones y sopas pocas". A los monaguillos nos decía, "Hijos míos no seáis nunca curas".

María se llamaba su ama de llaves. Cuentan que una noche en la habitación de ésta, se desprendió un trozo de techo, esta señora asustada, irrumpió de forma impetuosa en el dormitorio de D. Gumer para comunicarle lo sucedido, este al verla en camisón, se tapo los ojos con las manos y exclamó, ¡María vete que me pierdes!

A este cura se le recuerda con mucho cariño, y nada mejor para perpetuar ese recuerdo que ponerle a una de nuestras calles su nombre, como ya he pedido al Sr. Alcalde. Sin duda Dios lo tendrá en la gloria.

José M^a. Jiménez Rodrigo
Villar de Cañas, junio de 2010